

ANTIGÜEDADES HISTÓRICAS.



Restos de la antigua Capara ó Caparra.

A pesar de la mordacidad jocosa, con que algunos escritores han tratado de ridiculizar el estudio de las antigüedades, es indudable que cuando este va acompañado de sana crítica, de razón ilustrada, de investigaciones profundas y detenidas, es siempre apreciado con justicia por todos los hombres de buen juicio. Es cierto que en ninguna cosa se ha delirado con tan extraordinaria prodigalidad, como en el estudio de las antigüedades: los escritores numismáticos y los anticuarios, queriendo saberlo todo, han concluido por hacer hasta cierto punto ridículo, el es-

tudio de una ciencia, que tanto interés presta á la ilustración y á la perfección de los conocimientos humanos. El estudio de las antigüedades bien dirigido ilustra la historia, presentándole en monumentos ruinosos, tal vez en trozos mutilados ó en derruidas lápidas, los hechos de las épocas y tiempos pasados; enriquece la geografía, señalándole los sitios donde existieron ciudades célebres en la antigüedad, y finalmente los nombres de los varones memorables que merecieron el aprecio de sus contemporáneos. Lejos empero de nuestro pensamiento la perjudicialísima

aberración de los escritores, que sin fundamento alguno, y guiados solo por presunciones las mas veces infundadas sientan por hechos ciertos, tal vez los delirios mas ridículos; pues creemos que las antigüedades solo pueden ser útiles cuando vayan precedidas de la verdad y de la sana crítica.

Sentada ya esta nuestra profesion de fé, en materia de antigüedades, vamos á ocuparnos de algunos restos, que de la antigua ciudad de Capara nos quedan aun, antes que el tiempo nos prive de leer en ellos su historia verídica, aunque incompleta. La mayor parte de los geógrafos antiguos hacen mención espresa de una ciudad conocida entonces con el nombre de Capara ó Caparra, colocándola en el mismo sitio, que ocupan las ruinas de que vamos á ocuparnos. Plinio en el lib. 1.^o cap. 22 afirma, que era uno de los pueblos pecheros ó tributarios de la Lusitania; Ptholomeo la coloca en el sitio que actualmente ocupan sus ruinas, Antonio Pio en su Itinerario que es el testimonio mas manoseado por los anticuarios, y que mas luces ha prestado á todos los que se han dedicado á este estudio, la coloca á ciento y diez millas de la ciudad de Salamanca en direccion á Mérida, que son precisamente reducidas á leguas las 27 que hay desde un punto á otro.

Las ruinas de esta famosa ciudad, se descubren sobre una loma, en medio de un espacioso y dilatado valle, que á larga distancia circundan elevadas sierras. Entre los muchos y grandiosos edificios que tuvo esta ciudad, quedan aun como muestra de su grandeza algunos preciosos vestigios, meraciendo entre todos particular mención las ruinas de un monumento insigne, que se distingue entre los mas célebres que nos dejaron los romanos en la Lusitania. Algunos anticuarios pretenden que fue un sarcófago levantado por M. Tidio Macer á Boloseano, para cumplir un testamento; y otros, que fue un arco triunfal. Se halla construido en la antigua calzada, que como hemos dicho iba de Mérida á Salamanca: pertenece á el orden compuesto de arquitectura, es de piedra labrada, y se compone de cuatro pilares que sostienen otros cuatro arcos con sus bóvedas, formando un cuerpo sólido y elegante, no menos admisible por su difícil construcción, que por la extraordinaria elevación de sus colosales proporciones. Los arcos que están al frente y detras, tienen cada uno dos columnas resaltadas en los pilares, y delante de las que corresponden á la fachada principal, hay dos pedestales sobre los cuales debieron estar colocadas dos estatuas: en las partes interiores y exteriores se ven pilastras que llegan hasta la imposta de los arcos con capiteles arbitrarios. En la parte superior falta la pirámide con que solian los romanos rematar esta clase de edificios. Las piedras de que se compone, están en su mayor parte derruidas, y todas ellas cubiertas de musgo y maleza: por detras se descubren restos de otros edificios, por lo que han creído algunos que estaria este famoso arco unido con algun monumento notable. Dicen tambien que es muy semejante á otro, que se conserva á la salida de la ciudad de Vienna en el Delinado de Fran-

cia, y cuyo diseño publicó Mr. Gaylus.

Tambien se conserva un pequeño puente sobre el rio Ambroz, que pasa al lado septentrional de estas ruinas, y se reconocen aun los cimientos de la antigua muralla en algunos sitios. En medio de las ruinas se echan de ver trozos de lápidas sepulcrales y de inscripciones de varias clases, de las que hemos podido recoger algunas, en medio de las innumerables rotas y hechas pedazos que se conservan, y que á cada paso se hallan en sus inmediaciones.

IMP. CÆS. VESPASIAN.
AVG. PON. MAX. TR. P. II
IMP. VI COS. III DESIG. IIII
P. P. VIAM A. CAPARA URBE
AD. EMERITAM USQ. AVG.
IMPENSA SVA RESTITV.
LXXIII.

Esta inscripcion se halla en un trozo de columna que marcaba sin duda las leguas de la via militar de Mérida, y el sentido de ella es el siguiente.— « *Vespasiano Emperador, César Augusto, Pontífice Máximo, dos veces tribuno, seis Emperador, tres veces Cónsul y designado para la cuarta, restituyó ó compuso á sus expensas setenta y tres millas de via militar, desde la ciudad de Capara á Mérida.* » Grutero, pág. 155 núm. 3.

La segunda es un monumento levantado por los caparenses á la memoria de Julia Augusta, muger del Emperador Lucio Septimio Severo Pertinaz, y madre de Marco Aurelio Antonino despues tambien Emperador; dice asi:

JULIÆ AVG.
MATRI CASTRORUM
CONJUGI IMP. CÆS.
L. SEPT. SEVERI PII
PERTINACIS AVG.
ET MATRI
M. AURELII
ANTONINI IMP.
ORDO SPLENDIDISS:
CAPARITANORUM
DEVOTUS NUMINI
MAJESTATIQ. EIUS.

Su traducción libre, puede ser la siguiente, segun algunos escritores.— « *A Julia Augusta madre de los ejércitos, muger del Emperador Lucio Septimio Severo Pertinaz el Piadoso, César Augusto; y madre de Marco Aurelio Antonino Emperador, el orden esplendidosísimo de los caparitanos devotos de su numen y magestad.* » Grutero pág. 267.

Ambrosio de Morales dice que D. Gaspar de Castro se llevó de Capara esta inscripcion, que era una pequeña base de estatua. El Marco Aurelio Antonino que aqui se refiere, hijo de esta Julia, fue el que tomó despues los nombres de Basiano y Caracalla.

Los autores copian otra infinidad de inscripciones

y aunque creemos que haya muchas formadas en sus gabinetes, es cierto que existieron y aun se conservan algunas, que nos prueban la existencia de esta famosa ciudad, donde hoy se encuentran estas ruinas en la provincia de Estremadura. En la actualidad se halla este sitio en el mas deplorable abandono: tres mesones ó ventas donegradas y asquerosas, y media docena de rateros en sus inmediaciones, es todo lo que encuentra el viajero por estos sitios. De sus ruinas solo se conserva en pie el famosísimo y colosal arco cuyo dibujo damos, y del que ya hemos dicho algun este solo monumento nos dá á conocer toda la grandiosidad del edificio, y el rango que disfrutaria esta famosa ciudad, fundada en un terreno pingüe y vistoso, y establecida en el paso de la via militar: por todas sus inmediaciones hasta pasada mas de media legua, se van á cada lado encontrando por todas partes trozos de columnas, pedazos de argamasa y otros muchos vestigios, que el tiempo no ha podido destruir.

No aconsejaremos sin embargo á nuestros lectores que visiten estos preciosos restos, porque seria muy fácil que mientras se estasiaban en contemplarlos, viniesen á distraerlos media docena de chorriceros mal encarados, con objeto de hacer en sus bolsillos otra clase de investigaciones numismáticas.

L. VILLANUEVA.

LA LOCA DE ROUPAR.

Roupar es sin disputa el valle mas delicioso de Galicia, es un museo de bellísimos paisajes donde todo es inmenso y luminoso, el Eume y las ruinas de sus castillos feudales, el horizonte y la campiña. Situado al pie de una prolongada cordillera de montañas que se destacan á pocas leguas del Ferrol por la parte del Este, toda la llanura se halla regada por pequeños riachuelos, que se desprenden de aquellos elevados montes para reunirse con el Eume, y flores de diversos matices y colores, crecen sobre la verde alfombra de sus prados, dándole un aspecto mágico y sorprendente. Mirado el valle desde la cumbre de las montañas que le cercan, mil cuadros tan originales como pintorescos se desenvuelven á nuestros ojos: por una parte los rios serpeadores con sus transparentes olas, y por otra las casas de sus tres vistosos pueblos, que distribuidas por la campiña se elevan voluptuosamente adormecidas sobre ella, con sus blancas paredes rodeadas de coposos álamos que se inclinan sobre los tejados, como las plumas de un paladio sobre su luciente casco.

Si llegáis á pasar por Roupar y quereis ver un cuadro triste y espantoso, mirad desde la comarca el centro de la montaña por aquel sitio donde se levanta mas alta, y os impresionarán aquellas rocas tan encontradas como negras, y aquellos informes y colosales peñascos que parece se desprenderán al menor viento sobre la aldea hundiéndola en un abismo.

Oh! Roupar es admirable en todos conceptos. Tambien tiene sus tradiciones caballerescas de la edad media, que en nada desmerecen á las de otros países: en el mezquino puente que hay entre Pedrosa y Lousada, fue donde en el siglo XV el valeroso D. Alfonso de Seoane, señor del castillo de este nombre cuyas ruinas se ven aun á la falda de la montaña mas elevada del valle, sostuvo un *paso honroso* por espacio de seis años venciendo á muchos caballeros. Un poco mas lejos de este puente se dió una batalla, durante la enemistad de los Condes de Lemos y los señores de Andrade, cuando estos iban en retirada hácia las Puentes de Garci-Rodríguez, quedando derrotados sus perseguidores, y resultando de ella que allí mismo y sobre el campo del combate, se tratase el enlace de Doña Beatriz de Castro, hermana del de Lemos, con Don Fernando de Andrade, cesando desde luego toda rivalidad entre estas dos familias.

En punto á tradiciones de *encantamientos* y *fantasmas*, es el valle mas supersticioso del mundo: de cada cueva que hay entre las rocas, dicen sus habitantes que es la entrada de un gran palacio subterráneo, de paredes de oro y plata, adornado con todo lujo y guardado por formidables fieras. Si les preguntais á los comarcanos algo sobre las ruinas del castillo de los Seoanes, os contarán muchas y maravillosas leyendas de gigantes y asesinatos, y por último acabarán con la del *espectro negro* que es de las mas sangrientas y terribles.

Pero la mas triste de todas será una reciente que os contarán. Tal es la historia de Clara, ayer la delicia de la comarca, y hoy *la loca de Roupar*.

¿Quereis saberla? oíd.

Clara era la hija de uno de esos señores de aldea, ricos labradores, que despues del cura suelen ser las personas mas respetables y apreciadas de los pueblos. Tenía 18 años, ojos negros y espresivos, como los de un ángel y el rostro mas seductor, que pudo imaginar Salvador Rosa en aquellos momentos que con el pincel en la mano y el pensamiento en la Virgen ideaba una de esas *madonnas* suyas, que tan apreciadas se conservan en los museos de pintura. Todos la querian porque era muy linda y amable, y todos le anunciaban un porvenir risueño.

Habia un jóven pastor en la comarca que no tenia mas padres que sus amos, ni mas bienes que un sombrero de paja, una zamarra de pieles blancas, y unos pantalones de paño pardo; pero en cambio tenia cabellos de oro, ojos azules, y un cútis muy blanco y muy fino. Jacobo y Clara se amaban; sí, se amaban sin que lo supiese nadie, con ese amor frenético que experimentamos en nuestros primeros años, con ese ardor, esa ceguedad que no conoce obstáculos ni cosa difícil de conseguir. Todas las tardes a la hora del crepúsculo, el pastor descendía de la montaña, y cuando llegaba á las ruinas del castillo de los Seoanes, ya le esperaba allí su querida Clara sentada en los escombros, ansiosa de escuchar su voz, y hablarle de su cariño.

Aconteció que estando los dos amantes en una

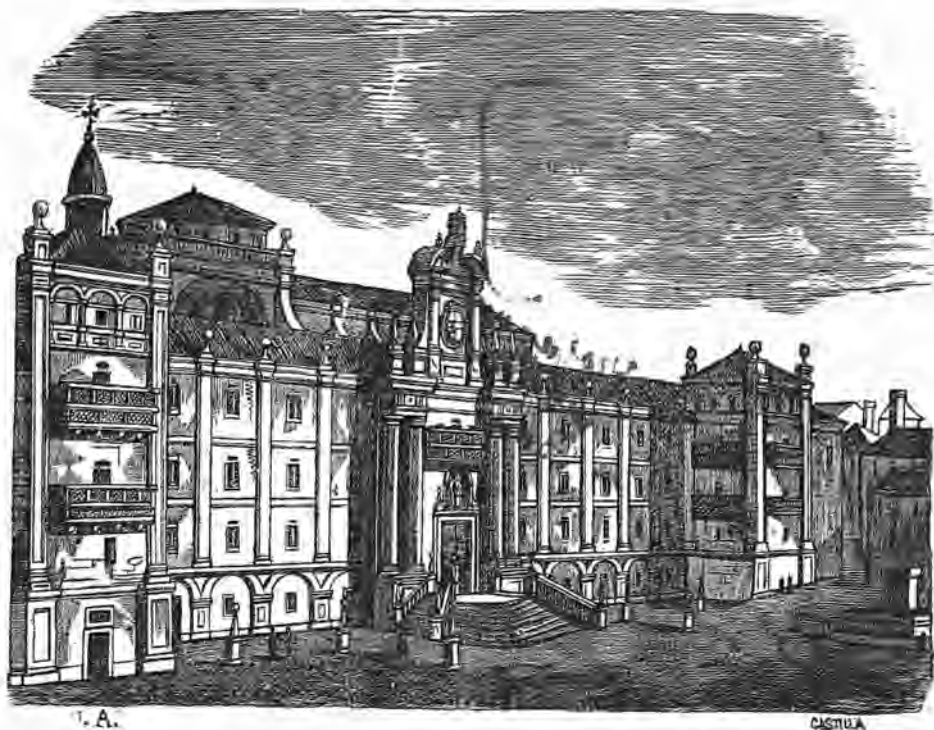
de estos coloquios, los sorprendió el padre de la niña; y tal fué la rabia que se apoderó de aquel hombre soberbio al mirar aquella escena, que avanzó al encuentro de Jacobo diciéndole mil denuestos, y dió de puñaladas al indefenso jóven en presencia de su hija. Desde aquel día Clara se volvió loca: á los pocos meses ahorcaron á su padre en la Coruña.

Hace diez años que ha sucedido esto, y á pesar

del tiempo trascurrido, si alguna vez pasais por el valle de Roupar y os acercais al dismantelado castillo de los Seoanes, vereis entre los escombros una muger jóven, pálida y desgñada que os arrojará piedras diciéndoos con débil voz; *huid! huid! asesinos de Jacobo, huid!!*

BENITO VICETTO Y PÉREZ.

ESPAÑA PINTORESCA.



Convento de S. Martín Pinario.

El origen de este abandonado monumento de las artes, pertenece á los tiempos primitivos de la antigua capital de Galicia. La costumbre que habia de edificar conventos al rededor de las Catedrales, para que sus monjes dijese las horas canónicas, y cumpliesen con los ritos sagrados, es un vivo testimonio de la antigüedad del venerable S. Martín Pinario. El P. Yépes en su *Crónica general de S. Benito* al tratar de este monasterio, es de opinion que fue fundado en tiempos de D. Alonso el Casto, no siguiendo á los que dicen, debe su existencia á Don Ordoño, ó á Sisnando Obispo de esta silla. En tiempo de este Prelado hubo grandes reformas en el gobierno de esta iglesia, y de aquí data la separacion de los monjes al lugar donde hoy se levanta ese soberbio monumento, que respetaran los siglos, porque son á

veces mas benignos que las revoluciones. Conceptuando que era lugar muy estrecho y angosto la Corticela, para los oficios de los monjes del Pinario, llevaron el monasterio á casa de Besulio, fuera de las murallas, y consignaron á sus monjes la obligacion de venir todos los dias á decir horas ante la imágen del Apóstol Santiago. Por el espacio de doseientos años siguió esta obligacion entre los fieles servidores de casa tan visitada por extranjeros y españoles, y en 1047 siendo abad Adulfo, se fabricó la iglesia grande antigua, hasta que su sucesor Leovigildo ayudado de los fieles la concluyó, consagrándola en seguida el Arzobispo Gelmirez y D. Diego, Obispo de Orense. El P. Florez en su *España Sagrada* dice, que el Rey D. Ordoño confirmó la renta del giro á este monasterio, y le añadió otras donaciones en 912, ra-

tificándolas el Obispo Sisnando con aprobacion del Cabildo. Hasta la entrada del siglo X servian al Apóstol dentro de su mismo templo con el título de *Santa María*, en que sabemos tuvo por abad á Ranualdo. Desde S. Martin Pinario iban los religiosos á celebrar cada dia los oficios en la capilla propia de Sta. María de la Corticela. Esto traía molestias por la incomodidad de los tiempos, y así resolvieron el Obispo Don Pedro de Mosoncio y el Cabildo, levantar en el mismo cláustro del Pinario, una pequeña iglesia con título del mismo S. Martin. Hasta aquí el P. Florez cuyas palabras concuerdan con lo escrito por Yepes, y todas estas noticias son un vivo testimonio, así de la antigüedad del monasterio de S. Martin, como de la historia de su separacion de la Catedral.

Berganza en sus *Antigüedades de España* (libro 6. cap. 1 part. 2.) asegura que Gelmirez consagró la iglesia á 15 de Abril de 1115, época de prosperidad para el convento, y desde la cual todos procuraron concederles grandes privilegios y ricos patrimonios. Tanto los Monarcas que vinieron á visitar el Apóstol, y los que engrandecieron la órden de San Benito, como los potentados que por piedad ó por miras particulares acumulaban riquezas sobre las iglesias, hicieron tantas concesiones á este monasterio que luego llegó á un grado de esplendor y opulencia el mas brillante. Entonces sus abades procuraron construir un edificio propio de su riqueza y dignidad: para ello se levantaron fachadas, abricaron claustros, renovaron altares, llegando de este modo el monasterio al grado de esplendor y elegancia de que hoy se ven claras señales. La fachada mejor de la casa es la que representa el grabado que acompaña á este artículo: en ella hay magestad y solidez, y sus dos cuerpos salientes dan á la perspectiva una animacion y grandeza extraordinarias. La entrada de la iglesia, es pobre y desaliñada, porque pertenece á los tiempos primitivos del arte, y pueda conceptuarse como la pieza mas antigua del monasterio.

De once conventos de ambos sexos que había en Santiago, el mejor era S. Martin, cuya iglesia sorprende á nacionales y estrangeros, por sus colosales proporciones. Es a forma una cruz latina de 232 pies de largo, cuyos brazos son dos naves de 43 de ancho y 8½ de alto. En su interseccion se eleva una cúpula con linterna, alta y despejada, de la cual pendia, en otros tiempos, una soberbia araña de plata, y mas adelante, hácia el brazo principal, está colocado el retablo mayor, que aunque se parece al de la Catedral, pertenece al gusto churrigueresco, y no es tan severo y grande en sus formas como aquel. Los altares colaterales son de una prolidad de adornos que fatigan la vista; nótese sin embargo en ellos la profusion de riquezas y el esmero de aquellos artistas-gongóricos.

La nave está adornada á los lados con capillas oscuras, pero que contienen imágenes de mucho gusto, entre otras Sta. Escolástica, la Dolorosa y la Magdalena del altar del Cristo. La capilla principal es la del Socorro, no solo por su mérito artistico, sino

tambien porque la cofradía que lleva su nombre no perdona medio alguno para mantener el culto de la imagen con gusto y profusion. Este retablo es de gusto plateresco aunque malo, y tanto en el altar como en el friso de la capilla hay embutidos de jaspe de Galicia, de los que se distinguen bellas cortaduras en el altar mayor de la iglesia, y en los púlpitos. La principal belleza arquitectónica de la iglesia es el coro alto, labrado al aire y de largas dimensiones: hay ademas otro coro bajo, detras del altar mayor, de preciosas talladuras, que distingue el curioso con hábil trabajo, porque es bastante lóbrego y oscuro. Por lo que hace á la arquitectura del templo, es toda de órden jónico.

Despues de la iglesia lo mejor y mas grande de este convento, es la fachada que mira á la Catedral, y de la cual tiene á la vista el lector una copia fidedigna. Las proporciones de su arquitectura-ática, la robustez de las columnas del pórtico, lo elevado de la estátua mal acabada que representa á S. Martin, dando la capa al pobre, recuerdan una época dichosa de prosperidad, que en vano contemplamos en los libros, cuando existen monumentos que la revelan con sus propios contornos. Por la puerta de esta fachada se pasa al mayor de los claustros donde corren abundantes fuentes, y el que ha sido construido á los últimos años de las continuas renovaciones de la casa. Es un cuadro de 160 pies, cuya decoracion forman fuertes arcos donde descansa una ventana con balcon, separados con columnas jónicas, apareadas y coronadas por pilares.

Sería una penosa tarea el hacer mérito de todas las bellezas de este monasterio, que ocupa con jardin y dependencias 220,000 pies de superficie: pero hoy nos limitamos á señalar algunas de ellas, haciendo ver que sería una desgracia para las artes, la destruccion del antiguo convento *Pinario*, que puede emplearse con decoro en beneficio de la nacion:

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

POESIAS.

MEDITACION A LA ORILLA DEL MAR.

¡Oh mar! tu magestad incomparable
la Omnipotencia del Señor revela:
quiero medir tu piélago insondable
y de pavor mi corazon se yela.

Quiere buscar mi vista enagenada
la opuesta orilla de tus ondas bellas,
y se pierde en la atmósfera azulada
ó confinarse te ve con las estrellas.

Oigo tu voz que los espacios llena,
veo tus montes de rizada espuma
estrellarse á mis pies sobre la arena,
ó disiparse cual ligera bruma.

Al respirar la brisa perfumada
que se alza de tu seno trasparente,

en hondos pensamientos abismada
pasan las horas, sin que yo las cuente.

Hablas al corazón, hablas al alma
con voz sublime y religioso acento;
ora te admire en tempestad ó en calma
siempre elevas a Dios mi pensamiento.

Que su gloria en tus ondas reverbera,
y oigo su voz en el confuso estruendo,
que hacen al estrellarse en la ribera
una tras otra sin cesar corriendo.

Esas olas sin fin, de donde vienen?
qué dicen con su grito gemebundo?
¿Cómo ante un débil muro se detienen
y no se anega el miserable mundo?

¿Por qué con furia amenazante y loca
vienen abalanzándose á la orilla?

¡No las detiene la encumbrada roca
y en honda playa su altivez se humilla!

Porque hay un Dios, y el límite invisible,
que señaló su dedo omnipotente
traspasar una línea no es posible,
aunque el infierno en su furor lo intente.

Aunque ruja en tu seno la tormenta
ya sin espanto escucharé tu grito:
de Dios el hombre mi esperanza alienta
y solo su poder es infinito.

Eres aquí gigante en poderío,
abarcarte no puede el pensamiento....
átomo imperceptible de rocío
ante ese Dios que rige el firmamento,

Ese Dios, que ha lanzado en el espacio
un mar de fuego, inextinguible hoguera
que alumbra con su disco de topacio
de innumerables mundos la carrera.

Astros sin fin en derredor girando
perdiéndose en pasmosa lontananza,
la gloria del Señor van publicando,
do ni el osado pensamiento alcanza.

¡Oh grandeza de Dios incomprendible,
cuán inmensa en tus obras apareces,
cuando ostentando tu poder terrible
la duda del impío desvaneces!

Quién te podrá negar? quien es tan ciego
que al ver el sol, que anima la existencia
no ve trazada con buril, de fuego
la imágen de tu santa providencia?

Cuando en oriente su fulgor derrama
de donde viene aquella luz? de donde?
oh mar, ¿do llena su esplendente llama
cuando en tu seno cóncavo se esconde?

Cumple del Hacedor las justas leyes,
calor difunde en la terrestre esfera,
alumbra á los mendigos y á los Reyes,
igual es para todos su carrera.

Para todos igual tiende su velo
la noche oscura del descanso amiga:
para todos igual produce el suelo
la hermosa flor y la dorada espiga.

Do quiera que mi espíritu se lanza
allí, Señor, tu providencia vela:
á comprenderte mi razón no alcanza,
y todo tu existencia me revela.

Narra tu inmensidad el firmamento,
la tierra tu riqueza inagotable,
invisible resides en el viento,
poderoso en el mar, siempre admirable.

No aspiro á enumerar tus maravillas,
sublime Creador, y fuera en vano:
sé que del sabio la arrogancia humillas,
y para mí la ciencia es un arcano.

Séame solamente permitido
llenar el noble fin de la existencia:
si para amar fué el corazón nacido
de una débil muger esa es la ciencia.

La tierra, el mar, el estendido cielo
atestiguan la gloria de tu nombre,
pero invocarle con ardiente anhelo
solo fue dado al corazón del hombre.

Centella de tus rayos desprendida
es el alma que anima la existencia,
y al fango de la tierra mal asida
se afana por volar á tu presencia.

Porque al través de niebla misteriosa
descubre su magnífico destino,
que del vivir la senda peligrosa
de la inmortalidad es el camino.

Alas tiene el espíritu, su vuelo
tender quisiera libre y esforzado;
pero ¡ay! encadenado vive al suelo
y romper su prisión le está vedado.

Antes que apure el cáliz de la vida
con triste llanto regaré el sendero:
nunca logró la palma apetecida
el que en la lid no combatió primero.

Cúmplase en mí tu ley, pero entretanto
que resignada en tus promesas fío,
tuyo sea mi amor, tuyo mi canto,
y absorbe entero el pensamiento mío.

MICAELA DE SILVA.



NOVELAS.

AMALIA (1)

(Novela original)

Pensativo se quedó el Marqués al ver la energía y resolución del jóven Julio; creyó que la causa de Amalia era del cielo, y que en vano lucharía contra ella: si este muere, otro se presentara y tendré que sucumbir ó asesinar la mitad de mis semejantes. Casi descaba la muerte; su conciencia le recordaba sus crímenes, y se compadecía de la infeliz Amalia; maldecía á la cómplice de su delito, se arrepentía de lo pérfido de su conducta, y lágrimas de arrepentimiento brotaban de sus ojos. Había recibido una lección terrible, una lección que le había hecho conocer la estraviada senda por que caminaba: si el Marqués hubiese empezado á vivir entonces, hubiera sido el hombre mas virtuoso del mundo; conocía ya la amargura de los vicios y hubiera huido de ellos, como que había tocado sus escabrosidades.

Pensando en la eternidad y en el éxito dudoso que pudiera tener el duelo preparóse para morir, y despues de haber arreglado todos sus papeles, se dispuso para la salida.

Cuan amargo y terrible es para el hombre que se ha dejado dominar por las pasiones, ver cerca su postrero y aciago fin: sus mismos extravíos son el cáncer que devora su alma, se le presentan en todas partes como los delatores de sus crímenes, y le hacen livar los mas acerbos remordimientos. El Marqués había corrido sin freno por el terreno resvaladizo de las pasiones, y ya no le era dado retroceder. Ya no había que pensar ni era tiempo de meditar, y convencido de lo terrible de su suerte, tomó de la mesa unos papeles, cogió las pistolas, y despues de haber orado un rato junto á una efigie de María, que tenía en su habitacion, se dirigió con paso lento y corazón arrepentido al lugar de la cita. A las afueras de la puerta de Segovia.

Mil veces pensó en disuadir á Julio de su intento; mas le aterraba su firmeza, la justicia con que defendía su causa este jóven virtuoso, y no se atrevía á indicarle nada.

—Todo cuanto le diga será inútil, su corazón es virtuoso y será mártir, primero que ceder á mis deseos. Está resuelto... cúmplanse los decretos de la Providencia.

IX.

El duelo, el arrepentimiento y el perdón.

La noche era oscura y tenebrosa, la luna alumbraba con desmayo, y su hoguera incierta y débil, era apagada á cada paso por los pardos nubarrones que se interponían: dieron las doce, y un silencio se-

pulcral reinaba en las afueras de la puerta de Segovia; ni hombres, ni animales, ni ningún otro ser viviente interrumpía el lóbrego silencio de aquellos sitios; parecía que la naturaleza se había empeñado en cubrir de tinieblas el lugar donde se iba á juzgar por segunda y última vez la causa de la inocencia ultrajada. El cielo había permitido la muerte del primero de sus defensores, del desgraciado José, y ahora iba á presenciarse el segundo combate.

Todo era misterioso en aquel sitio; la oscuridad del cielo, el silencio de la noche y el huracan que movía con violencia las copas de los árboles, todo daba apariencia terrible á aquellos solitarios lugares. Las pisadas de un hombre que se acercaba, vinieron á interrumpir aquella calma siniestra. Venía embozado en una larga capa, y su paso sereno indicaba la calma de su corazón.

—Creí llegar tarde, pero veo que aun es tiempo. Este fue el sitio de la otra cita, aquí estaba conmigo José... aquí su voz me animaba... ¡infeliz!... pereció á pesar de ser su causa tan justa, tan sagrada... mas aun hay quien pueda vengarlo y vengar á su hermana; esta sola idea me alienta; pero... si llego á perecer... ¡infeliz Amalia!... sola, sin amparo de nadie, ¿qué será de esa pobre jóven? el cielo la amparará: yo habré cumplido con mi deber, y desde mi sepulcro pediré por su suerte y porque haya un brazo que la vengue de su seductor. ¡Querido hermano, hoy se va á cumplir nuestro juramento!

Oyóse á poco ruido, y se distinguió al punto un hombre que se acercaba.

—¿Quién es? preguntó Julio.

—Sin duda el que esperais.

—¿Sois pues el Marqués?

—Sí, ¿persistís en vuestro empeño? ¿no habrá nada que os detenga?

—Estoy resuelto, lo he jurado, y son en valde todas vuestras palabras. ¿Venís preparado?

—Sí.

—Pues no perdamos tiempo, elegid las pistolas.

—Tengo antes que daros un encargo Julio, encargo que quiero cumplais con fidelidad.

Sacó el Marqués un pliego y se lo entregó diciéndole.

—La suerte de las armas es dudosa, podría morir sin descargar mi conciencia; y quiero precaverme antes; si perezco en el duelo prometedme entregar ese pliego á la inocente Amalia; no os acordeis de que soy vuestro enemigo, y ofrecedme cumplir con este encargo: el cielo premiará vuestra generosidad, ya que yo no pueda recompensarla.

—Cumpliré fielmente vuestros deseos. ¿Teneis mas que decir?

—No.

—Pues no perdamos tiempo; cargad las pistolas ¿á cuántos pasos?

—A veinte.

—Para morir bastan doce.

Contó Julio los pasos, tomaron las pistolas y se colocaron en sus puestos.

(1) Véanse los números 19, 20, 21, 22, 23, 25, 26 y 28.

—Habeis preparado?

—Sí.

—Pues á la tercera; una... dos... tres... Dos tiros se oyeron casi al mismo tiempo, uno habia roto el brazo izquierdo de Julio, el otro habia tirado en tierra al Marqués.

—Acercóse á él Julio; una herida mortal habia recibido en el costado izquierdo, y se hallaba empapado en sangre, que corria en abundancia de la herida; al acercarse Julio hizo algunos esfuerzos, y reconociéndole le dirigió con voz débil estas palabras.

—Sé que voy á dejar de existir, y en este cruel momento quisiera reparar las injurias que os he hecho; pero ya que no puedo volver á Amalia su honor ileso y su querido hermano, dadle en mi nombre el papel que os entregué antes del duelo, es mi última voluntad. Si su virtuoso corazón se niega á aceptar esta demostración de mi arrepentimiento, rogadle vos Julio, rogadle por mí como yo os ruego ahora; decidle que en los umbrales del sepulcro lloraba mis culpas, y que imploraba su perdón, su perdón que necesita mi alma para su descanso eterno, y su sensible pecho no se negará. Y vos Julio, si los resentimientos que abriga vuestro corazón no pasan mas allá de la tumba, tendedme una mano cariñosa, y endulzad la amargura de mi muerte, concediéndome un perdón generoso.

—He abrigado contra vos los mas fuertes resentimientos; pero en este instante os compadezco y os perdono de todo corazón.

—Gracias Julio... os doy... las gracias... en nombre del Eterno... que premiará... tanta virtud.

El Marqués espiró, Julio recogió todas las cosas que pudieran descubrir el duelo, y despues de haber derramado algunas lágrimas sobre el cadáver del desdichado Marqués, pensando en los errores y desgracias á que nos conduce el desenfreno de las pasiones, se dirigió con su pliego á casa de Amalia.

Mas de dos años hacia que Julio no entraba en casa de su querida, y en esta ocasion latia violentamente su corazón, al paso que temblaba de júbilo y amor; tenia que cumplir la postrera voluntad del Marqués, pero ignoraba si seria bien recibida su visita despues de tanto tiempo de ausencia, y este temor le detenia, pero la gravedad del asunto le decidió, y entró resuelto en la habitacion de Amalia.

Hallábase la virtuosa huérfana en su lecho, cuando vinieron á avisarle, que un hombre con mucho empeño queria hablarle á aquellas horas.

—Os ha dicho el nombre, preguntó Amalia?

—Dijo que se llamaba Julio.

—Que entre, que entre, repuso Amalia con todo el ardor de la pasión que aun abrasaba su alma.

Empezó á vestirse con precipitacion, y á poco salió á la sala donde ya le esperaba su amante.

—¿Julio, sois vos? exclamó con el acento mas amoroso; ¡Ah! perdonad una sorpresa tan justa.

—Amalia, no he querido veros hasta poderos ofrecer una prueba de mi amor, vuestra presencia habri-

lastimado mas mi alma, y nada hubiera conseguido con veros.

—No intento pedir os cuenta de vuestra conducta, respeto mucho vuestro proceder, y no tengo derecho á reprenderos.

—Dejad por ahora esas exigencias que tanto halagan mi alma, y escuchadme un momento: antes de todo tengo que cumplir con un deber de mucha importancia. Vengo á entregaros este papel, que un hombre moribundo acaba de poner en mis manos; este deber sagrado, porque es de un hombre que espiró, me ha decidido á presentarme á vuestra vista; no miréis en mí mas que el mensajero de ese pliego, y el que en nombre del desdichado Marqués, viene á pedir os perdon.

—El Marqués ha muerto!

—Sí, el Marqués de*** acaba de espirar en este momento, y me ha entregado ese papel para vos. El cielo ha amparado vuestra causa, y el asesinato de vuestro hermano y de vuestro honor ha perecido.

—Pero quién le ha muerto? Ah, yo lo comprendo todo, vos habeis sido mi defensor, me habeis vengado; ¿con qué podré pagaros tan alto sacrificio?

—Amalia, era un deber mio, deber, que yo bajo juramento me obligué á cumplir; nada pues teneis que agradecerme.

—¡Siempre grande y siempre generoso! yo que os creia muerto ó olvidado de esta triste huérfana, os veo ahora vengador de mi honor y de la muerte de un hermano querido... ¡ah! contad siempre con mi eterno cariño!

—Aceptó con gusto vuestra promesa, para mí de mas valor que todo el universo; pero yo no he cumplido aun todo el deber de mi mision: os demando el mas sincero perdón para el difunto Marqués; otorgádselo Amalia, yo os lo suplico en nombre de lo que mas amais.

—Jamás he abrigado resentimiento alguno, aun para con las personas á quienes he debido la amargura de mi situacion; no hablemos mas de él y abramos este pliego, tal vez se arrepienta y pida perdón de sus errores.

Abrió Amalia el pliego, que contenia el testamento del Marqués y una carta concebida en estos terminos:

« Sé que no puedo volveros lo que tan inicua-
mente os he robado, y que ni mi arrepentimiento,
ni mis súplicas fervientes al Todo-Poderoso, podrán
ya alcanzar nada: pero he querido antes de dejar
el mundo, daros una prueba de mi arrepentimien-
to y de mi dolor, Os nombro mi única heredera;
aceptad Amalia este nombramiento, yo os lo su-
plico, y solo os pido me perdoneis para que mi
alma pueda gozar con vuestro perdón la mansion
celestes.»

(Se continuará.)